

La castañera de la plaza pequeña

Hacía días que el viento soplaba fuerte y las hojas del parque bailaban por el suelo como si jugaran a perseguirse.
En la escuela del pueblo, la maestra dijo con una sonrisa:
—¡Niños, esta semana celebraremos la Castañada! ¡Haremos panellets y vendrá la castañera!

Todos aplaudieron, menos a Llorenç, que frunció la nariz.
—¿Panellets? ¿Castañas? Yo prefiero los dulces del supermercado.

Su amiga Júlia se rió.
—Ya verás cómo te gustará, Llorenç. ¡Los panellets los hacemos nosotros con las manos!

Al día siguiente, en clase, todos los niños llevaban delantal.
Aplastaron patata, pusieron azúcar y almendras, e hicieron bolas redondas como bolitas de nieve.
Llorenç se ensució hasta la nariz, pero empezó a divertirse.
—¡Parece barro dulce! —dijo riendo.

Cuando pusieron los panellets en el horno, toda la escuela olía a fiesta.

Por la tarde, en la plaza pequeña, había una parada llena de castañas humeantes. Detrás había una mujer con pañuelo en la cabeza y delantal de cuadros: la Castañera.
—¿Quién quiere castañas calentitas? —gritaba con voz alegre.

Los niños hicieron cola. Cuando le tocó a Llorenç, la Castañera le dio un cucurucho y le dijo:
—Cada castaña tiene una historia, chico. Las cosechamos con paciencia y las asamos con amor. Cuando te comes una, es como si te comieras un pedacito de otoño.

Llorenç sopló la castaña, se quemó un poco los dedos… y se rió.
—¡Es verdad! ¡Sabe a otoño!

Después, con Júlia, comieron panellets y vieron cómo el humo de la parada subía hacia el cielo como una nube dulce.

Aquella noche, antes de acostarse, Llorenç dijo a sus padres:
—El año que viene quiero ayudar a la Castañera. ¡Y hacer panellets de piñones y de coco!

Los padres sonrieron. El otoño había dejado su regalo: una nueva tradición en el corazón de Llorenç.